



CAPITULO VII

En el que se trata particularmente de los prismas

Por muchos esfuerzos que la niña Dórrit hubiese hecho durante el curso de su laboriosa existencia para conseguir tal ó cual objeto, ninguno le fué tan costoso como el requerido para dejarse educar por la señora General; nada la molestaba tanto como someterse á sus preceptos; pero resignóse á las necesidades de la familia en sus días de grandeza, como se había resignado á ellas durante el período de miseria; mas no por esto cedió á sus propias inclinaciones, como no cediera tampoco al hambre misma en aquella época en que guardaba su comida para que su padre no careciese de cena.

Durante las pruebas que hubo de sufrir mientras estuvo bajo el dominio de la señora General, la niña Dórrit tuvo un consuelo que le dió fuerza para resistir, y fué la constante bondad de su hermana, por más que tuviese el carácter de una protección. Admirando siempre la belleza de Fanny, su gracia y viva inteligencia, Amy le profesaba el mayor cariño que pudiese contener el corazón de una fiel y noble hermana. Cierta tardé, encontrándose las dos solas, después de haber

hecho varias visitas, Fanny quiso tener con la niña Dórrit un rato de conversación puramente confidencial.

—Amy—le dijo,—voy á tratar de hacerte comprender algo que tal vez no habrás sospechado aun; y apuesto que no adivinas de qué se trata.

—Es muy probable, querida Fanny—contestó la niña Dórrit.

—Vamos, voy á darte una clave... la señora General...

Amy fijó en su hermana una mirada interrogante, como para indicar que no comprendía.

—¿No adivinas ahora?—preguntó Fanny.

—No, no, amiga mía, á menos que haya hecho algo que disguste á...

—¡Oh! ¡qué tímida eres!—repuso Fanny sin poder contener la risa,—vamos, no es eso; se trata de una cosa muy formal, que por cierto me contraría mucho.

—Si no es nada contra mí, poco me importa—replicó la niña Dórrit sonriendo.

—¡Oh! pero es el caso que á mí me importa mucho; y á ti también te importará cuando te haya abierto los ojos. ¿No has observado, Amy, que hay cierta persona que se muestra sumamente cortés con la señora General?

—Todo el mundo es cortés con ella—contestó la niña Dórrit,—porque...

—Porque es una mujer de hielo—interrumpió Fanny;—pero no aciertas. Veamos, hija mía, ¿no has observado que papá agasaja exageradamente á la señora General?

—No—balbuceó Amy algo confusa.

—Pues no te digo más que la verdad; y añadiré que esa señora viuda tiene sus intenciones respecto á papá.

—¿Lo crees posible?

—¡Que si lo creo! Estoy segura de ello, y hasta te diré que papá la considera como una maravilla, como un fenómeno de buen tono y de saber, como una preciosa adquisición para nuestra familia. ¿Qué te parece la perspectiva de tener á la señora General por mamá?

La niña Dórrit se mostró inquieta, y limitóse á preguntar á su hermana qué motivos tenía para creerlo.

—¡Qué niña eres!—dijo Fanny,—tanto valdría que me preguntases en qué conozco que un hombre se enamora de mí. Yo te aseguro lo que te digo, advirtiéndote que en estas cosas no me engaño jamás.

—¿Has oído decir algo á papá?

—¡Bah! ¿qué necesidad hay de decir esas cosas?

—¿Y ha indicado algo la señora General?

—¡Bondad divina!—exclamó Fanny,—¿crees tú á esa mujer capaz de hablar de esto? A ella le basta mantenerse bien erguida, llevar siempre los guantes, que ya me irritan los nervios, y usar faldas que hagan mucho ruido. Ya sabe la señora viuda que las circunstancias podrán hacer lo demás.

—Pero al menos, Fanny, debes convenir conmigo en que puedes equivocarte. ¿No es posible?

—¡Oh! «posible» sí; pero sé que no me engaño; y me alegro de que consolándote con esta esperanza tomes la cosa tan tranquilamente. Tal vez tú puedas sobrellevar resignada tan inesperado cambio, pero yo no, y te aseguro que antes de aceptar semejante suegra me casaría con Admundo Sparkler.

—¡Oh, Fanny! estoy segura de que nada te induciría á casarte con este joven.

—A decir verdad, no te juraría que no sea capaz de hacerlo. No sabemos lo que puede suceder, tanto más cuanto que esto me proporcionaría mil ocasiones de tomar el desquite con la señora Merdle; y te aseguro, Amy, que en tal caso no tardaría en aprovechar la oportunidad.

A esto se limitaron por de pronto las confidencias; pero Fanny había dicho lo bastante para que la niña Dórrit ocupara su pensamiento en estos dos personajes, sin olvidarlos un instante.

Blandois se había presentado á ofrecer sus respetos á la familia: el señor Dórrit recibió con bastante afabilidad al amigo de Gowan, y hablóle de su idea de proponer al joven artista si tendría inconveniente en encargarse de transmitir sus efigies á la posteridad. Blandois aplaudió mucho el proyecto, y como el anciano le preguntase si tendría á bien transmitir la proposición á su amigo, Blandois aceptó gustoso con su obsequiosidad acostumbrada, asegurando que desempeñaría el encargo lo mejor posible.

Cuando Blandois dió cuenta del mensaje á Gowan, el artista profirió mil denuesos contra el señor Dórrit, pues aunque se quejaba de no ser protegido, no por esto le gustaban los protectores; y poco faltó para que se incomodara con su imprudente amigo por haberse encargado de semejante comisión.

—Tal vez sea yo algún obtuso, amigo mío—exclamó;—pero el diablo me lleve si veo por qué ha de intervenir usted en el asunto.

—¡Rayo del cielo!—replicó Blandois,—tampoco lo veo yo; sólo he pensado en hacer un favor á un amigo.

—Haciendo pasar á su bolsa el dinero de un intruso, ¿no es así?—preguntó Gowan, frunciendo el entrecejo.—Pues vaya usted á decir á su amigo que puede servir de modelo para la muestra de alguna taberna y regalar después la obra á un pintor del género. ¿Por quién me toma, y qué se figura ser?

—Maestro—replicó Blandois,—¿y por quién me toma usted á mí?

Sin manifestar el menor deseo de aclarar esta pregunta, Gowan comenzó á silbar con aire irritado y no habló más del señor Dórrit; pero al día siguiente volvió á la carga y dijo, sonriendo desdeñosamente:

—Oiga usted, Blandois, ¿cuándo iremos á ver á ese Mecenas que tan de improviso ha descubierto? Nosotros los artesanos no debemos rehusar las obras que nos encarguen. ¿Cuándo hemos de ir á tomar las órdenes del amo?

—Cuando usted quiera—contestó Blandois, sin ocultar su resentimiento,—cuando á usted le plazca. ¿Tengo yo algo que ver en eso? ¿Qué me importa á mí?

—No lo sé; pero á mí me importa mucho, porque esto me ayudará á comprar pan y queso. ¡Es preciso vivir! ¡Vamos! ¡en marcha, amigo Blandois!

El señor Dórrit los recibió en presencia de sus hijas y del joven Sparkler, que por una rara casualidad estaba de visita.

—¿Cómo va, amigo Sparkler?—preguntó Gowan con indiferencia.—Cuando para vivir no tenga usted más que el ingenio de su madre, amigo mío, le desearé que sepa salir del paso mejor que yo.

El señor Dórrit habló entonces de su proposición.

—Caballero—le dijo Gowan sonriendo, después de haber aceptado con mucha amabilidad,—soy demasiado novicio en el arte para estar al corriente de todos sus misterios, y creo que debería examinarle á usted varias veces, preguntándole después cuando tendré el tiempo suficiente para consagrarme con el entusiasmo necesario al magnífico retrato que pienso hacer de usted. Ahora bien, debo advertirle (Gowan volvió á sonreír,) que soy muy mal pintor, aunque no peor que la generalidad de mis colegas. Si usted tiene empeño en echar cien guineas por la ventana, considerando que soy tan pobre como puede serlo un pariente pobre de personas de alto rango, le agradeceré mucho que me las arroje á mí con preferencia. Yo procuraré darle el valor de su dinero, y si al fin y al cabo

no consigo hacerle más que un pastel, todo se reducirá á que tenga usted un pastel firmado con un nombre modesto en vez de poseer otro con un nombre brillante.

Este tono, que el señor Dórrit no esperaba, no le desagradó en modo alguno, pues probaba que el artista, hombre de buena familia, debía quedarle agradecido; y en su consecuencia manifestó que celebraba tener aquella ocasión de entablar con él amistad.

—Es usted muy amable—repuso Gowan;—y ahora debo advertirle una cosa. He sabido que se propone ir á Roma, y yo pienso hacer lo mismo, pues tengo amigos en aquella ciudad. Puesto que me he encargado de hacer su retrato, permítame usted cometer esta injusticia en Roma y no aquí; allí voy á comprometer mi oficio, ya lo sé; pero emprenderé mi trabajo con afán sólo por amor á la moneda.

Esta observación no agradó menos al señor Dórrit que la primera, y sirvió de prefacio á la primera invitación á comer con que se honró á los señores Gowan, colocando al artista en su terreno habitual entre sus nuevos amigos, y también á su señora.

Fanny no ignoraba las circunstancias que habían concurrido antes de efectuarse el enlace de Gowan, en cuanto á su familia y la de su esposa; y la señora General tenía igualmente entendido que aquella unión tan desproporcionada había dado lugar á muchos disentimientos. Del digno señor Meagles no se hablaba nunca; decían que era natural que un hombre de su clase deseara sacar á su hija de la obscuridad, y nadie debía censurar sus esfuerzos en este sentido.

La niña Dórrit manifestaba cariñoso interés por la señora Gowan, tanto más cuanto que creía notar en ella cierto aire de tristeza; pero la verdad es que entre las dos jóvenes existía una mutua simpatía, y eran verdaderas amigas, aunque las circunstancias no les permitieran estrechar sus relaciones. Ambas profesaban las mismas ideas, y de ello tuvieron una nueva prueba en la aversión que á las dos inspiraba Blandois de París, aversión que rayaba casi en la repugnancia, el horror y la antipatía natural que inspira un odioso reptil.

Un día que Blandois se presentó en casa del señor Dórrit para despedirse antes de salir de Venecia, encontró allí á la señora Gowan, que había llegado sólo cinco minutos antes y se hallaba en el salón con Amy, pues toda la familia estaba fuera. Al entrar en la sala, la expresión de sus facciones pare-

cía decir: «Si se proponían hablar de mi persona, vengo á impedirlo.»

—¿Espera usted á su esposo?—preguntó á la señora Gowan.

—No, señor.

—¿Cómo? ¿no ha de venir á buscarla? Entonces permita usted á su fiel amigo servirla de caballero para volver á casa.

—No vuelvo ahora.

Esta contestación no bastó para que Blandois se retirara, y pareció tan dispuesto á no dejar solas á las dos amigas, que cansada al fin la señora Gowan, dispúsose á marcharse. Cuando Blandois la ofreció el brazo para bajar la escalera, conservó en su mano la de la niña Dórrit y excusóse diciendo:

—No, muchas gracias; prefiero que tenga usted la bondad de avisar á mi gondolero.

Blandois no tuvo más remedio que bajar, sombrero en mano, y mientras se alejaba, la señora Gowan dijo á la niña Dórrit:

—Ese fué quien mató al perro.

—¿Lo sabe el señor Gowan?—preguntó Amy en voz baja.

—Nadie lo sabe, pero estoy segura de que es él; usted también lo piensa así.

—Yo... yo lo temo.

—Enrique—añadió la señora Gowan,—parece profesarle amistad, y no sospecha nada malo, porque es demasiado franco y generoso; pero algo me dice que usted y yo juzgamos á ese Blandois como merece. Según él dice, el perro estaba ya envenenado cuando se enfureció tanto y quiso acometerle; Enrique lo cree, pero ni usted ni yo le damos crédito; estoy cierta de ello. ¡Vamos, adiós, hija mía, adiós!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz alta; mientras que el vigilante Blandois miraba á las dos jóvenes desde el pie de la escalera. A pesar del saludo cortés que les dirigió, su mirada era tan siniestra, que un verdadero filántropo habría podido experimentar el deseo de atar una piedra al cuello de aquel hombre para arrojarle al agua que corría por delante de la casa; pero como allí no había ningún bienhechor de la humanidad, Blandois ayudó á la señora Gowan á embarcarse, permaneció en los escalones hasta que la góndola hubo desaparecido en el estrecho canal, y trasladóse después á la suya.

La niña Dórrit subió la escalera, pensando por la centésima vez que Blandois había tomado pie con harta facilidad en

casa de su padre; pero como había muchas personas que hacían otro tanto desde que el señor Dórrit y su hija mayor habían dado en la manía de presentarse en sociedad, nada tenía aquello de extraordinario. La familia mostraba el mayor empeño en ensanchar el círculo de sus relaciones para dar más alta idea de sus riquezas y de su importancia.

La residencia de la familia Dórrit en Venecia tocaba á su fin; muy pronto se dirigieron á Roma; y después de pasar por un punto cuya atmósfera estaba apesada, llegaron al fin al término de su viaje. Habíase alquilado para ellos un magnífico hotel en el Corso; allí establecieron su cuartel general, en medio de aquella ciudad donde todo parece esforzarse por resistir al progreso, manteniéndose en pie sobre las ruinas del pasado... todo excepto el agua, que obedeciendo á las leyes eternas, corre sin cesar desde lo alto de una infinidad de magníficas fuentes.

Desde su llegada á Roma, Amy tuvo ocasión de estudiar la teoría de la señora General. Muy pronto recibieron la visita de la señora Merdle, que aquel invierno cultivaba en gran escala en la ciudad eterna los preceptos profesados por la señora General. La habilidad que Fanny y la madre de Edmundo Sparkler desplegaron en el asalto que mutuamente se dieron en su primer encuentro deslumbró á la niña Dórrit, como si hubiese visto brillar las chispas de dos aceros.

—Crea usted—dijo la señora Merdle,—que me colma de alegría renovar un conocimiento que comenzó bajo tan malos auspicios en Martigny.

—En Martigny, naturalmente—repitió Fanny;—yo también lo celebro mucho.

—He sabido por mi hijo Edmundo que se aprovechó ya de la feliz casualidad de ese encuentro; y sé que ha vuelto contentísimo de Venecia.

—¿De veras?—replicó Fanny con cierta indiferencia.—¿Ha estado allí mucho tiempo?

—El señor Dórrit podrá contestarle tan bien como yo—repuso la señora Merdle volviéndose hacia el anciano,—porque Edmundo le debe una gran parte del placer que halló en su morada.

—¡Oh! no vale la pena hablar de esto—dijo Fanny;—creo que papá ha tenido el gusto de invitar al señor Sparkler á comer dos ó tres veces, y esto es bien poca cosa. Como vemos á tantas personas, y en casa hay siempre mesa puesta, ningún mérito tiene haber invitado á su señor hijo.

—Sólo que—interrumpió el señor Dórrit,—yo tengo el mayor placer en... ¡hem!... manifestar, con arreglo á mis pocos medios... ¡hem!... el aprecio que me inspira... ¡hem!... así como á todo el mundo... una persona tan distinguida y espléndida como el señor Merdle.

La dama saludó galantemente, dando gracias por el cumplido.

—Debo añadir, señora—continuó Fanny, como para dejar á Sparkler en el último término,—que papá es un sincero admirador del señor Merdle.

—Con sentimiento he sabido por el señor Sparkler—dijo el anciano,—que probablemente... ¡hem!... no veríamos al señor Merdle este invierno.

—Son tantas sus ocupaciones—replicó la dama,—y es su presencia tan necesaria allí, que temo que no pueda reunirse con nosotros. Hace un siglo que no sale de Londres. Y usted, señorita Dórrit, ¿hace mucho tiempo que viaja?

—¡Oh! á decir verdad no sé ya cuántos años—replicó Fanny con imperturbable aplomo.

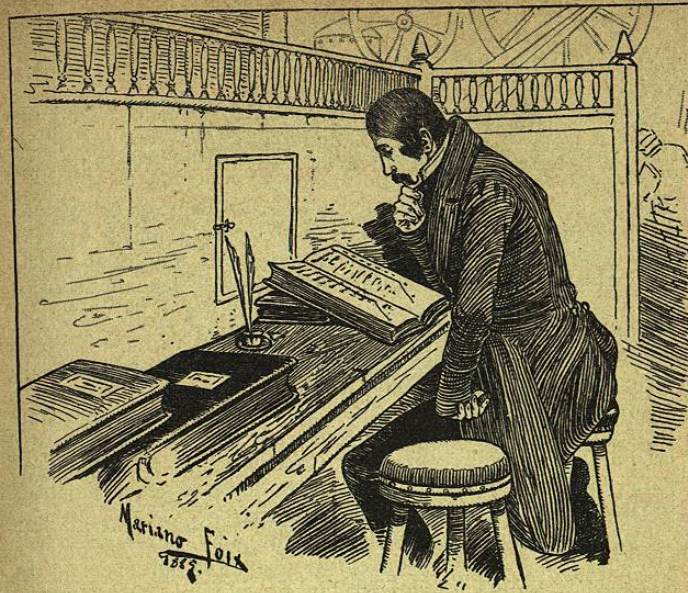
—Lo creo.

—No lo dudo.

—Espero, sin embargo—dijo el señor Dórrit,—que si no tengo el... ¡hem!... inmenso honor de conocer al señor Merdle junto á los Alpes ó el Mediterráneo, podré obtener tamaña satisfacción cuando regrese á Inglaterra. Es un honor que deseo vivamente y que sabré apreciar.

—Estoy convencida—replicó la esposa del gran banquero, mirando á Fanny con su lente,—que el señor Merdle no apreciará menos el honor de conocer á usted.

La niña Dórrit creyó que todo esto se reducía á un cambio de cumplidos; pero como su padre, después de asistir á una brillante recepción de la opulenta dama, repitió al día siguiente, en la intimidad de la familia, que deseaba conocer al célebre capitalista á fin de utilizarse con los consejos de este gran hombre para la colocación de su fortuna, la joven comenzó á creer que esto podría ser de buen augurio, y hasta ella misma experimentó la mayor curiosidad por conocer el prodigio financiero del día.



CAPITULO VIII

Lamentaciones de la viuda Gowan

Mientras las aguas de Venecia y las ruinas se abrasaban al sol, para mayor contentamiento de la familia Dórrit, ofreciendo diariamente á miles de viajeros artistas asuntos para bosquejos que no se parecían á nada, los trabajadores de la casa Doyce y Clennam hacían resonar continuamente sus martillazos en el Patio del Corazón Sangriento, donde durante las horas de trabajo se oía sin cesar la poderosa voz del hierro contra el hierro.

El más joven de los socios acababa de poner en orden los libros y las cuentas; y su compañero no teniendo que ocuparse más que de sus ingeniosos inventos, había trabajado mucho en aumentar la reputación de la fábrica; pero en su calidad de hombre de talento, debía luchar necesariamente contra los obstáculos que el gobierno opone siempre á esta clase de industriales.